

## SEMANA DE LÁZARO.

El Evangelio nos refiere, señoras mías, la resurrección de un buen hombre llamado Lázaro. En este suceso, vosotras representais excelente papel, porque si el Salvador revivió al difunto Lázaro, fué por dar gusto y consolar á sus dos aflijidas hermanas. Podéis, pues, enorgulleceros de haber contribuido á la resurrección de un hombre, ya que de la muerte de tantos otros se os acusa.

El milagro no se ha repetido. A los muertos los entierran sin remisión, y aun á algunos vivos también. Hay, sin embargo, algunos muertos que, por exceso de discreción, no quieren decir que lo están; muertos disfrazados de vivos que logran escapar á la solicitud de los sepultureros, á los tiernos y cariñosos cuidados de los médicos, á las ventajas que para todo difunto, convicto y confeso, ofrece la agencia de inhumaciones. Estos muertos se quedan en la vida chasqueados, como viajeros modernos que llegan al andén cuando ya han partido los wagones; y por ahí andan sin dirección fija, haciendo tiempo que llegue otro tren. Ya no quieren volver á la ciudad, por no exponerse á regresar de nuevo tardíamente; ya se despidieron de todos sus amigos, ya guardaron su ropa en la maleta, y se quedan en la estación horas enteras, aburridos, callados y estorbando.

¿No habéis observado cuánta gente sobra en el mundo? Malthus dijo que sobraría; yo digo que sobra. Hay muchas botellas vacías en esta gran casa de la humanidad; pero las botellas vacías llénanse otra vez con licor nuevo: el hombre, no. Los de mal corazón y buena desvergüenza, confesarán que algunas personas les están sobrando. Los más tímidos y de mejores sentimientos dirán, hasta acaso caritativamente: este señor le está sobrando á este otro. Pero lo indisputable es que muchos sobran, que hay mucha gente inútil y estor-

bosa en este extenso paradero, y que, para una gran parte de ella, el tren de la muerte es como el tren de Laredo, que no se sabe cuando llegará. Ninguno vive tanto como un muerto. Conozco á muchos de quienes hace largos años, lustros, décadas, estoy diciendo con íntimo convencimiento: — ¡ya se van! — Y hélos de pie, viendo partir á los que, acaso por más jóvenes y ágiles, les toman la delantera y suben de un salto al tren obscuro y húmedo que va directo á su final destino, sin detenerse nunca, ni jamás desrielarse!

De esos embalsamados, de esas mómias, está llena la mitad del mundo. Cuando se habla de ellos, la frase toma la forma de epitafio: era, se dice, *verbi gratia*, un literato notable; era apuesto, galán, afortunado. Y — ¿ahora qué es? — preguntamos nosotros. Pues nada, ya no es nada: ya fué! Se quedó con un centavo de cerebro. Todavía de cuando en cuando quiere escribir y escribe, pero sus artículos producen el mismo efecto que una vieja desnuda. Se vació la botella y ya no sirve sino para que en su cuello coloque el estudiante pobre un cabo de vela. El vino que antes contuvo embriagó á la mujer hermosa, rió en la copa del potentado, fué alegría en el corazón, idea risueña en la mente de los jóvenes. . . . Pero ahora la botella está vacía! ¿Por qué no la arrojan á la basura? Para una botella de Borgoña debe de ser muy penoso y degradante sentir que luego la llenan de *petit-bleu* y en seguida de aguardiente, y después, de alguna medicina que huele mal, y por último, le tapan la boca con un cabo de vela que la gotea de sucio sebo. Y como la botella, es ese hombre. Ya está lleno de una poción de botica: pronto le pondrán entre los labios la vela de los agonizantes.

¡Qué triste debe ser acordarse uno de sí mismo como de persona extraña! ¡Hermosa muerte la del que cae en plena lucha, en plena juventud, en pleno vigor! Ese muere, pero no se siente muerto, se despide, no lo echan! ¡Más hermosa muerte aún la de aquel cuya vida fué transformándose sin perder su decoro, y tuvo estaciones como la naturaleza; la del que brilló primero con luz propia, como el sol, y luego con la luz refleja de sus obras, como la blanca y apacible luna; la del que supo ser joven y ser viejo; la del que se mira revivido y continuado con sus hijos; la del que no huye de la existencia como un prófugo, ni se va de ella arrastrado por la policía como un borracho, sino que se desprende lentamente de la vida, como el esposo de los blancos brazos de su mujer que ya se duerme!

Pero estos infelices á quienes la mala suerte los saqueó y dejó desnudos; estos que llegan á prematura decrepitud sin talento, sin dinero, sin hijos y con vicios; estos que sobreviven á todo lo bueno que tuvieron; estos que no se van porque la enfermedad no quiere soltarlos; estos que para hacerse la ilusión de que viven han menester de darles la vida artificial de la embriaguez; estos que nos piden vergonzantemente una peseta, como si no la pidieran para ellos, sino

para los deudos indigentes de algún amigo que tuvimos, rico, brillante y que murió muy joven; estos que nos ven como diciendo: «¿te acuerdas de él?» estos piden á gritos que la muerte los tenga presentes, que no los olvide como los han olvidado todos; estos sí sobran.

Y, sin embargo, ¡cuán poderoso debe de ser el sentimiento de la propia conservación, cuando vive y no se asfixia ni envenena en este pantano de la vida! Esos enfermos le cobran cariño á su cama de hospital; esos trasnochadores quieren entrar lo más tarde posible á su casa, que es el cementerio: presencian los funerales de su inteligencia, de su dignidad, de su decoro, y no se van con todo eso que era suyo y que los llama, por no separarse de la copa de tequila, de la colilla de cigarro, del grasiento naípe!

Y miles, y millones más, están sobrando en este valle de lágrimas. Pensad en aquel otro: su mujer lo abandonó; sus hijos han desaprendido á quererlo y se han enseñado á despreciarlo; ya no puede ser nada y cuando ya no se puede ser nada, cuando ya no se va á ninguna parte, lo mejor á que uno puede aspirar es á ser muerto.

Este, deshonra con sus desmanes y escándalos á una familia honrada, aflige á sus padres, y pervierte á sus hijos: está ya muerto para la vida, y sobra. Ese le sobra á su mujer. Aquel está empeñado en ser hombre político porque fué hombre político, y le sobra al gobierno. El de más allá seca y marchita con sus manos enjutas y arrugadas, los verdes laureles que conquistó en la juventud. . . ¡A todos estos que ya no pueden volver á su casa, que ya guardaron toda su ropa en la maleta y que aguardan en la estación, sin hacer nada, llévatelos, Señor! Tú, que resucitaste á Lázaro, acaba de matar á estos otros Lázaros, á estos muertos abandonados por la muerte!

Hay otros, sin embargo, que también están muertos y que sí necesitan de resurrección. Hay botellas vacías que no han servido aún y cuyo cristal terso aguarda el vino generoso que ha de llenarlas. ¿Véis este frasquito? Es de Bohemia: su tapón diminuto es de plata. Ese frasco fué hecho para guardar algún perfume; pero está vacío. Es un niño rico, de buena familia; su padre vive en el club, la mamá en los paseos, en los teatros, en los bailes, ó durmiendo. No vive, porque vivir, para él, ha de ser estar lleno de amor, y está vacío. La madre da primero el cuerpo, y después, beso á beso va derramando el alma gota á gota por los labios del niño. Los brazos no son brazos hasta que no saben cruzarse sobre el pecho. Los ojos no son ojos hasta que no saben ver el cielo. Ese niño está en su cuna como en coqueto ataúd de raso blanco. Si le ha olvidado la madre, ¿cómo la vida no lo ha de olvidar? ¿Véis qué blanco? Parece un cirio apagado de cera intacta. ¡Señor, llena ese pomo transparente de perfume! A ella le diste un hijo: dále á él una madre. ¡Señor, prende una luz en esa vela blanca! ¡Señor, resucita á esos muertecitos que no han vivido todavía y que están en sus cunas aguardando almas!

Abrid el ventanillo del wagón, si vais de viaje. ¿Véis en la puerta de aquella casucha á un muchachillo de cutis atezado, casi desnudo, que casi ladra y casi hopea cuando el tren pasa? La india lo hizo como hace una tortilla y lo echó al canasto. Por ahora sus hermanos, son el perrito, el gallo, el cerdo. No es un frasco de perfume, como el otro; pero sí es una vasija de barro, también vacía. ¡Señor, echa, aunque sea *atole*, en ese jarro! Que se funden muchas escuelas. Allí se llenan estas ollitas trigueñas, de leche pura y sana! ¡Resucita, Señor, á estos muertos tirados en el campo, para que no sean más tarde carne de cañón, ni hueso de presidio, ni abono de la tierra, sino hombres! ¡Entierra á los padres y á los hijos resucita!

Y no solo resucita á estos niños que nacieron muertos: también á los jóvenes, también á los hombres, también á las mujeres, que aun son susceptibles de resurrección, devuélveles la vida. Esta joven que no tiene ideales, que no siente amor, que compra un traje pagándolo con ser esposa, en el sentido brutal de esta palabra, y piensa en adquirir un coche pagándolo con su deshonra, á esta que está muerta, resucítala antes de que sea adúltera, como resucitaste á Magdalena y como resucitaste á la Samaritana. Si es adúltera, mácala ya. A la única mujer á quien no dijiste si la perdonabas, fué á la adúltera!

A todos los que están muertos, porque sus padres no les dieran la vida del espíritu, la vida, en fin, revívelos, Señor. Y el avaro que está muerto, porque yace enterrado en su dinero inmóvil; al que no ama, y está muerto, porque vive sepulto en su egoísmo; á todos esos dormidos que parecen muertos en la sombra y silencio de la noche, despiértalos con el clarín alegre de la Aurora!

Hay muchos jóvenes también á quienes puedes todavía resucitar. Allí miro á uno que ronca ó gruñe, de codos en la mesa de una cantina. ¿Vive. . .? no, porque el borracho es un muerto intermitente. Cada vez que se va á dormir, es que va á morir de una vez; pero la muerte, al sentir el tufo del licor, se echa para atrás y lo deja dormido. Cuando está en su juicio, cuando parece vivo, es que anda prófugo. Es un esclavo que huye escondiéndose, agazapándose en lo más intrincado de la selva, porque le queman y le sangran todavía los latigazos de su amo, el vino. Jura no volver, pero apenas ha dado algunos pasos cuando el tirano lo atrapa, y como en la servidumbre ha perdido las fuerzas, vuelve á echarse, á manera de perro soñoliento, á los piés de su señor. Algunas ideas sobreviven en su cerebro, como naufragos bregando entre olas de alcohol. ¡Qué asoladora inundación! Primero la oleada cubre la memoria; luego la dignidad; en seguida la inteligencia toda; al último, la vida. El hombre cree que bebe la copa, y se engaña, porque la copa lo bebe á él. El la vacía primeramente de un solo trago; pero la copa cobra lo que perdió y el hombre tiene que llenarla con algo de su enten-

dimiento, con algo de su corazón, con algo de su alma. Parece tan estrecho un vaso, ¡y en él, no obstante, se han ahogado tantos hijos, tantas madres, tantas esposas, tantas vidas! Se arroja alcohol al fuego para que éste arda más; y alcohol á la idea para apagarla! El ebrio es muerto, pero si aun no pasan los tres días que Lázaro pasó sin vida, resucítalo! Tal vez todavía es joven; tal vez el dolor lo llevó del brazo y le dijo: «¡ven y olvida!» ¡tal vez las ideas, enflaquecidas y anémicas de ese hombre, gastadas por un exceso de trabajo, no tenían fuerzas ya para salir del cerebro, y era preciso que salieran para que le llevasen á la vuelta el pan de cada día, y entonces el alcohol, que es fuerte y vigoroso, le dijo: — ¡yo te las empujaré! — tal vez, de este naufragio, flotan, salvos aún, en el océano, algunos sentimientos buenos, asidos á una lancha, á una balsa, á un mástil roto... si es así, resucítalo, Señor!

A estas resurrecciones milagrosas, podeis ayudarnos mucho, señoras mías, como ayudásteis á la de Lázaro, en figura de Marta y de María. Nada hay que despierte tan pronto, como un beso de amor. La mujer da la vida y puede volverla á dar á los que casi la han perdido. No solo se es madre en los momentos del alumbramiento: se es madre antes y después. Es madre cuando con un rayo de amor crea la mujer sentimientos buenos en el alma de un hombre, y cuando despierta alguna actividad dormida en su ánimo; es madre cuando como la Cordelia del «Rey Lear» sostiene al padre anciano; es madre siempre que es buena y siempre que ama. Por eso, señorita, puede usted, cuando quiera, realizar el prodigio de ser Virgen y Madre, como María de Nazareth.

## SEMANA DE DOLORES.

Esta es la semana más triste de la Cuaresma, porque en ella se hace memoria de la aflicción inmensa de una madre. En los altares quedan veladas las imágenes, ó diríase que todos los santos se van al cielo, para acompañar á Jesús en los solemnes días de la pasión, ó que se cubren asustados con un velo para no ver las terribles escenas del Calvario.

Nosotros hemos dado al viernes de Dolores un carácter simpático y alegre. Es el día en que la hostia blanca baja á los labios del niño, y cierra y sella esa cartita, que, cuando el hijo hace su primera comunión, le envían todas las madres á la Virgen; es el día en que la joven se corona de más flores, el día en que el trigo nace, para adorno del altar, como si también fuera otro hijo rubio de María.

Pero ¡qué triste, sin embargo, está la Dolorosa! Yo no hablo de las grandes Dolorosas que ponen en los templos; hablo de la que conozco, de la mía, de la que estaba á la cabecera del lecho en que nació, de aquella cuyas lágrimas ví yo á través de las primeras mías! No la alegran las rojas amapolas, ni las espigas doradas, ni los cirios blancos con sus rosetas de papel picado, ni las aguas de colores, ni las armonías de la orquesta que toca música de Rossini. Para una madre que va á perder á su hijo, no hay consuelo! Y eso que el Hijo de María iba á resucitar, iba á subir al cielo, como que es inmortal, como que es Dios! Pero también iba á sufrir tormentos indecibles, y por eso la Madre acongojábese. También iba á separarse de ella, y como la Virgen era mujer y madre al cabo, no sería extraño que aun sabiendo á ciencia cierta que su hijo era Dios, pensara al verle espirar crucificado:—Si se habrá muerto...! ¡Si ya nunca lo verá!—Puede ser que esta sea una blasfemia; pero yo la digo, á reserva de desdecirme, si el obispo, mi superior jerárquico, me lo ordena. Y lo digo porque todas las madres son medrosas,

y porque á alguna que lloraba á su hijo muerto, dije yo:—Consuélese usted, porque su niño está en el cielo—¡y la señora siguió llorando todavía!

Son muy buenas las madres, y por lo mismo os encarezco á todos que seáis buenos hijos, y de los buenos hijos voy á hablarlos.

\* \* \*

Oigo decir de muchos jóvenes que son buenos hijos. Esta es una cualidad que se concede fácilmente. Parece como que no la queremos, como que no nos causa envidia, como que nos sobra y por eso la damos á cualquiera. Llamar á alguien buen escritor, buen músico, buen sastre, cuesta trabajo á los escritores, á los músicos y á los sastres; pero llamar al mismo buen hijo, ó buen hombre, es cosa llana y corriente para los hombres y para los hijos. De modo que hay muchos buenos hijos recibidos y titulados. . . . aunque no ejerzan su profesión; porque entre esos buenos hijos, ¡cuántos desalmados y Caines hay, así como también, muchos de aquellos á quienes se apoda con el mote, entre despreciativo y cariñoso de «buen hombre,» merecen el presidio y hasta la horca!

Cada vez que se anuncia un parricidio, la sociedad se alarma, la indignación se enciende, todos los «buenos hijos» leen con horror y espanto la noticia, sacudiendo con mano temblorosa el periódico que la publica y que ellos leen al desayunarse. . . . si bien es cierto que no siempre ese movimiento convulsivo nace de ira justa y noble, sino, algunas veces, cuando menos, de los desórdenes y excesos que el «buen hijo» comete por las noches.—¡Parece imposible que haya almas tan negras!—exclaman todos.—¡Que lo ahorquen!—repiten. Y al oír tales voces se siente uno satisfecho de sí mismo, de su buen corazón, de su ternura, y orgulloso de pertenecer á un mundo en el que hay tantas personas excelentes.

Infortunadamente he perdido esa ilusión, y como aquel que se acostumbró al uso de los venenos, hasta el grado de que ya estos no le dañaban, yo me he acostumbrado á presenciar parricidios, y ya no me asustan, y me parecen tan vulgares como cualquiera defunción de un tifoideo. He llegado á tal punto, que, no solo absuelvo, sino que trato á muchos honorables parricidas. Esto de haber matado uno á su padre, constituye un pequeño defecto, es como el fumar, un vicio muy común y ya aceptado; es, en resumen, una pequeña mancha que se lava con derramar sobre ella algunas lágrimas, á la hora en que la víctima está espirando. En cierto modo, el parricidio es lógico: ¿no dicen que los padres nos dan la vida? Pues entonces no les quitamos la vida, aunque parezca que se las quitamos: nos la dan.

Tan cierto es esto, que la misma sociedad llama á incontables parricidas «buenos hijos.»

La doctrina enseña que hay diversas maneras de matar. De modo que el asesino, en muchas ocasiones, puede decir á sus jueces:—¿cómo están ustedes, compañeros?—Lo punible en el asesino es la brusquedad, el uso de armas cortantes ó de fuego, el matar sin aviso previo y de golpe y porrazo. No tiene licencia de portar armas y se le prohíbe que compre un veneno en la botica sin exhibir la receta del facultativo; pero si respetando estas prudentes taxativas se da sus mañas para matar de otra manera, la justicia no se mete con él: es hombre honrado.

En el hijo es casi natural la propensión á matar á sus padres. Algunos cumplen pronto su comisión, despachan, á la mayor brevedad posible, su trabajo, y en cuanto llegan al mundo, matan á la madre. Cuando menos, hacen todo lo posible para conseguirlo. Si no lo logran, es porque el médico, un intruso, los saca afuera antes de que cumplan su cometido.

Las señoras tienen la conciencia de que sus hijos han de ser sus asesinos. Por eso desde que el muchacho empieza á andar, le dicen á propósito de cualquiera rabieta y de cualquiera travesura: ¡me estás quitando la vida!—Y esto que ellas dicen en broma, porque las madres son más ciegas que el amor, es la verdad en muchos casos. El muchacho está afilando sus armas, para hacer uso de ellas en el momento oportuno.

De fulano se dice: «tiene muchos defectos; pero es un buen hijo.» A mí siempre me ha llamado mucho la atención este elogio. ¿Cómo ha de ser un buen hijo el que es un mal hombre? De sus defectos tengo pruebas sobradísimas; se embriaga, juega, deshonor a una mujer, etc., etc. ¿En qué consiste, entonces, su bondad filial? Si no aflijen á la madre, estos vicios y escándalos del hijo, si no la apena pensar que él ha de enfermarse, y que será, por fuerza, mal esposo y padre peor, entonces y sin remedio, es una mala madre. Y si es buena y si sufre por tales desmanes y deshonoras tales, ¿cómo ha de ser buen hijo el que la hace sufrir, el que le está abreviando la existencia? Aunque lo vea darle de besos á la anciana, aunque le oiga hablar de su santa madre, aunque mire cómo respetuosamente la acompaña á la iglesia, por complacerla, dos ó tres veces cada año, aunque escuche los sollozos y los gritos que lance el día en que acaba de matarla, nunca podré creer que es un buen hijo. Pues ¿sabéis qué es ser bueno? ¡Es dar bondad! Que me digan en buena hora:—¡Quiero ser un buen hijo; pero no puedo!—Eso tal vez sea cierto; pero no me obliguéis á admitir una moneda falsa! Le diremos buen hijo, porque no somos sus padres, y ellos se lo dirán y hasta lo creerán, porque lo son, y será un buen hijo, para afuera, para la galería, para las costureras que leen novelas de Pérez Escrich y lloran

en el «Campanero de San Pablo,» para los que creen en el patriotismo de ciertos oradores que hablan de la patria; y hasta para nosotros que no tenemos nada que ver con él y que no le daríamos dinero en préstamo, ni á nuestra hija por esposa; mas para Dios, para la Verdad suprema, no es ni puede ser buen hijo.

Y de esos «buenos,» está lleno el mundo. ¿Cómo serán los malos, santo cielo? Y los hay á millares que no disfrutan la reputación ni la fama de los parricidas, pero por falta de equidad en los juicios del mundo y no porque no lo sean. ¿Veis á esa madre? Su esposo os dirá que no ha perdido ningún hijo, y ha perdido todos. Porque ya no son suyos, porque no la aman como debían amarla, porque se fueron, porque se los llevaron, porque ya nunca volverán. Ella los aguarda, porque el amor es terco, incrédulo de la muerte; ella les habla, como se habla en oración, con el muerto que yace bajo la losa del sepulcro. Y cree que la oyen, y que le agradecen las flores que les lleva. . . . ¡pero ya están muertos!

¿Sabéis por qué las madres dan á luz á sus hijos con dolor? Pues porque la naturaleza se resiste á que los dejen ir, y la madre quiere tenerlos dentro ella misma; porque solo allí están seguros; porque solo de allí no se los roban. Algo más tarde, la madre siempre tiene miedo de que le hurten á su niño, y por eso se asusta cuando no lo ve á su lado, y lo estrecha en sus brazos, como si quisiera volvérselo á meter dentro del seno. Prevee que cuantos la cercan son ladrones; el libro de la escuela, la jovencita que sonrío. . . . Y esos, siquiera, son ladrones generosos, porque al cabo devuelven lo robado; porque no matan para robar; pero, el garito! ¡la mujercuela indigna. . . .! ¡el vino. . . .!

Si María, con ser madre del Hijo bueno por excelencia, de Jesús, sufrió tanto, ¿cómo habrán de sufrir y padecer las desgraciadas que tengan hijos malos?

Señoritas:

No os asombren los parricidios, porque diariamente se cometen.

Buen hijo:

No aguardes á que tu madre muera, para saber que la tuviste.

Hijos buenos:

Amad á vuestras madres, por todos los que no aman á las suyas.

Buenas almas:

¡Orad por todas las madres Dolorosas!

## DOMINGO DE RAMOS.

Refiere el Evangelio, hermanas mías, que entró Jesús en Jerusalem montado en una pollina, y que el pueblo tendía las capas á su paso y agitaba palmas, en muestra de regocijo, y entonaba *hossannas*. Esta triunfal entrada á la ciudad santa, me parece muy semejante, en muchos casos, al solemne día del matrimonio. Jerusalem es, por ejemplo, Santa Brígida. A la pollina ha reemplazado el landó en que llegan los novios. La ciudad. . . . digo, la iglesia, está adornada y de fiesta. Al observar el infinito número de flores que hay, orlando las columnas y tapizando las paredes, se cae en cuenta de que para la feliz pareja es aquel su día de Ramos, el principio de su Semana Santa. El órgano canta ¡*hossannas!* como el pueblo de Jerusalem. La multitud se divide en dos grandes masas, para abrir calle á los triunfadores, y un murmullo de admiración cortesana se alza y se extiende en la majestuosa nave de la iglesia. Ya entraron en Jerusalem! Ya comenzó la gran Semana!

Os hablo, por supuesto, señoritas, de los matrimonios hechos ligera y atolondradamente. Para los que se hacen como Dios manda, Jerusalem es más piadosa y menos tornadiza. Para éstos, al día de Ramos siguen la Anunciación, el Nacimiento y otras fiestas simpáticas y poéticas. Mas para los primeros, en pos del Domingo de Ramos vienen indefectiblemente las Tinieblas, el «pase de mí este cáliz,» los azotes, el pésame, y por último, un amigo traidor que mete la mano en el plato, un desesperado que se ahorca ó un amor muerto y sepultado que nunca, nunca resucitará.

Para que no paséis por este calvario, voy á hacer os algunas advertencias.

Ante todo, caballeros y damas, no entréis en Jerusalem, ó sea en el matrimonio, con el fin de hacer alguna redención. Hay algunos

varones, ejemplares y magnánimos, que suelen decir á la que va á ser su esposa: «yo te perdono porque amaste mucho.» Esto es de consecuencias desastrosas. Procuren ustedes, caballeros, que sus futuras hayan amado lo menos posible. Nuestro maestro Víctor Hugo dijo: *No maldigáis á la mujer que cae*; pero no dijo que nos casáramos con ella.

Y en cuanto á ustedes, señoritas, ruégoos también que no penséis en redenciones. Muchas de vosotras aman ó creen amar á un botarate, á un perdido, á un jugador, á un ébrio más ó menos adelantado, y al pensar en casarse, se dicen para su colete:—mi amor lo redimirá!—Esto es muy noble, aunque algo andaluz; pero tened en cuenta que la única redención que se ha realizado fué á expensas de la vida del Redentor.

Tampoco, señoritas—y esto os lo digo para que seáis felices—imaginéis que váis á hallaros la felicidad. Sueñan algunas que, al casarse, su vida mudará completamente, y que toda será sonrisas, mimos, cariñosos halagos de la suerte, y como la vida siempre es vida, como las enfermedades, los pesares, etc., no se guardan con el vestido de novia, que ya no vuelve á usar la esposa, el desencanto es lamentable. A mí no me dan lástima los que se quejan de no ser dichosos. Esto es quejarse de que no hay sol por la noche. Pues, si no hay, ¿para qué vamos á quejarnos? Conformense ustedes con obtener los premios chicos, las «aproximaciones» en la lotería, porque el premio principal solo le toca á uno, y ese uno casi siempre es un desconocido á quien nunca llegamos á conocer.

Alejandro Dumás (hijo), daba estos consejos algo tristes pero algo ciertos, á una muchacha casi tan buena como vosotras, á la Anita de *Francillón*:—«No te diré como tu confesor ó como Hamlet, el primero con su fe y el otro con su duda: *Entra á un convento*. No; tú tienes otro destino que cumplir, tan abnegado y útil como el de las monjas; pero no pidas al amor más de lo que el amor te puede dar. Pídele, por el matrimonio, el medio de cumplir tu natural destino, y si te da la maternidad, queda satisfecha. Sé indulgente para con el hombre y reconocida para con Dios.»—

Prefiero, hermanas mías, que entréis en el matrimonio con alguna desconfianza y hasta con algún temor, á que entréis con desmedidas esperanzas. Pensad que de la pasión, del apóstol traidor, de la cruenta agonía, podéis libraros y de seguro os libraréis si obráis cuerdamente; pero bueno es que no vayáis enteramente seguras de escapar al ayuno de los días santos y á los azotes más ó menos leves que la suerte aplica siempre á todos los humanos. Procurad, sobre todo, que vuestro amor no muera, ó que solo muera aparentemente, como el Salvador, para resucitar á los tres días, y vivir la inmortal y serena vida del espíritu.

No penséis al casaros, señoritas:—Voy á ser feliz.—Decid:—Va-

mos á ser dos, y mis penas y mis alegrías aumentarán, porque sufriré con él y gozaré con él.—Y cuando seáis dos, sed tres y . . . cuatro luego. . . ¡Vaya! hasta cinco, para que podáis ajustar al sistema decimal; pero. . . no os aconsejo, os deseo que no agreguéis muchos sumandos, porque las sumas largas son complicadas y difíciles. En fin, sumad, sumad cuanto queráis; pero á medida que el esposo vaya aumentando las multiplicaciones en el libro de caja. Dividid poco, ó mejor dicho, entre pocos: el amor entre los vuestros. Restad menos.

Yo creo que la felicidad, á pesar de lo que antes dije, ó más bien, para explicar lo que dije antes, no es tan difícil de encontrar. Solo que, como no la conocemos, pasa inadvertida por nosotros y no asímos su brazo, ni siquiera la saludamos. Y luego exclama el hombre:—¡Ah! ¿conque era aquella. . . ?—¡Y sí, aquella. . . era!

Nosotros creemos que la felicidad es una señora muy alta, muy hermosa, muy rica; y la felicidad es bajita de estatura, algo pálida, algo melancólica, que de todo se asusta, que por todo se ruboriza, pero muy buena, muy bonita, muy de su casa, muy humilde. Al hallarla decimos:—esta ha de ser la hermana menor de la felicidad, la hormiga de la casa, la Marta que trabaja.—Y no; es la misma! Como no hace ruido, cuesta trabajo saber en dónde está. Como es muy vergonzosa, casi siempre está escondida. Pero vosotras, señoritas, la encontraréis, sin duda alguna, siempre que no la esperéis, porque la felicidad está muy ocupada y no puede ir á todas las casas en que la aguardan, sino siempre que la busquéis solícita y cariñosamente.

Cásense ustedes; ¿no ven que todo lo que vuela tiene dos alas? Pero si no os sentís con la prudencia y tino necesarios para saber acomodarse con otro carácter, para triunfar de vosotras mismas—porque es triunfar el ser vencido por amor,—entonces, no os caséis, á menos que no queráis ser asesinos.

El amor sabe mucho; preguntadle. Y si así lo hiciéreis, señoritas, el amor os lo premie; y si no, os lo demande.